

De cómo Lazarillo de Tormes se asentó con un míster (1554)

Escribe: CARLOS E. MESA C. M. F.

Días atrás, por aquello de celebrar el día del libro, obedecí, otra vez en mi vida, al reclamo de un libro pequeño, inmortal y delicioso: la vida de Lazarillo de Tormes. Volver a los clásicos del siglo de oro desde la prosa de nuestros días es como pasar de un vaso de pepsikola a unas copas de vino añejo. Aquello es licor antiguo para una degustación morosa; castellano linajudo para saboreo de refinados. Lazarillo apareció en Burgos hacia 1554. El nombre de su autor, pese a eruditas rebuscas y suposiciones, sigue siendo un enigma; pero él creó y le dio contornos al género literario y españolísimo de la novela picaresca.

Todo cautiva en este mínimo volumen. Y primero la maltratada inocencia de ese mozuelo que jornada tras jornada y al engarce de varios episodios, va descubriendo a golpes las durezas y ruindades del hormiguero humano. En torno a cuatro personajes, a cual mejor diseñados, va probando desventuras el muchacho de Salamanca. El ciego astuto, irascible, sarcástico, que lleva siempre agarrada con protectora codicia la vasija de vino, y acaba, en castigo de sus crueldades, hendida la cabeza contra un poste. El hidalgo pobre que disimula su roedora hambre con airosos pavoneos por las calles toledanas, la mano en el puño de la espada y la capa terciada garbosamente. El clérigo de Maqueda, dueño avariento de un arquetón viejo, colmado de panes difícilmente aseguibles. Y finalmente, el vendedor de bula, ahito de cinismo, fabricante de milagros y de sutiles y desvergonzadas invenciones.

El encanto perenne de Lazarillo reside en su gracejo, en su narración directa, en su prosa hablada, desprovista de retórica y

bien oliente e inimitable naturalidad. Se ha negado, como si fuese ofensivo para el genio y la historia de España, el realismo de Lazarillo y en general de la novela picaresca; se ha dicho que ella es un surcido hábil de cuentecillos antiguos universales. Pero en este linaje de relatos hay algo innegable: su aroma de un país y de una época; su sabor a hombre de carne y hueso, de alma y de pasiones; su perfume de Castilla, de lengua viva y corriente, de creación literaria recién estrenada.

Lázaro de Tormes resultó caudillo de una tropa de pícaros famosos, entre los que descuellan Guzmán de Alfarache y Pablos, el Buscón. Su anónimo autor fue continuado por Mateo Alemán, en un libro de picaresca ya madura, cargada de intención moral, martillada en breves y rotundos períodos. Produjo también, a la vuelta de los días mil, la historia de Pablos de Segovia, contada por la pluma incisiva, despiadada, burlona y riquísima de Francisco de Quevedo.

Es sabido que este Lazarillo de Tormes, tan golpeado y curtido, acaba casándose con una moza diligente y servicial y viviendo con paz en su casa y en la cumbre de toda buena fortuna. Pero hace poco, al redondearse cuatro siglos de las travesuras del pícaro salmanticense, sucedió que este amigo famoso, para no desmerecer de sus contemporáneos que corrieron la empresa de Indias, se asentó, no sabemos si mal de su grado o a contento suyo, con un míster de Norteamérica. Ello fue así. En la Sala Christie, de Londres, se subastan a menudo colecciones y objetos artísticos de toda clase. Un buen día, malo a mi parecer, de año lejano, en la Sala Christie fueron expuestos para la venta en pública subasta unos cuantos libros procedentes de la biblioteca riquísima del Duque de Devonshire. Allí estaban aquellos tesoros expuestos al libre juego de la codicia, del afán coleccionista o del puro amor al libro. Entre éstos se alineaba uno tan pequeño, que el espectador, para verlo, debía empinarse y aguzar la vista. No abultaría más que una pitillera. Tendría menos de medio centenar de páginas y quizás menos de cien gramos de peso. Era la primera edición de Lazarillo de Tormes, impresa en Burgos, capital de Castilla, cuando Castilla era cabeza y corazón de medio mundo.

En la Sala Christie, en torno a la mesa se agolpaban y se estrechaban, mirando ávidamente, los amantes del libro; el coleccionista, el bibliómano, el director de la gran biblioteca abastecida con millones de libros y millones de dólares. Algún ilusionado

bibliómano alimentaba la ingenua esperanza de que entre hombres de extranjería sería posible que ese librito castellano del 1.500 pasase inadvertido como cosa chica y sin trascendencia. Pero sus colegas se las saben todas. El proceso de las ofertas, en aquella subasta fabulosa, se fue encaramando en breves minutos a cifras no imaginadas. Pronto quedaron barridos y paralizados el modesto coleccionista, el bibliómano ambicioso y el representante de la gran biblioteca. Lazarillo de Tormes, tan despierto siempre y ahora muy sabedor de su valía, se estaba vendiendo caro. Lazarillo de Tormes se colocó en la cifra de tres mil ochocientas libras esterlinas, muy cerca de las seiscientas mil pesetas españolas. Entonces se adelantó un místico de Norteamérica, gritó su oferta con guturales fonemas, apabulló en despechado silencio a todos los contendientes y se quedó con Lazarillo de Tormes. No consta que estuviese allí presente su madre Antona Pérez, para decirle como la vez primera que lo entregó al ciego, de Salamanca:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto: Válete por tí.

Se sabe que un español que allí estaba presenciando la subasta, vio cómo el místico, muy cachazudamente, tomaba el librito, lo hojeaba lentamente del título al Laus Deo, y lo guardaba en el bolsillo de su chaleco sin que allí le abultara más que una agenda de notas.

De esta guisa, Lazarillo de Tormes se asentaba como servidor de un místico y comenzaba una nueva y nunca imaginada aventura. Ya no eran sus amos los tacaños que padeció por tierras de Salamanca y de Toledo. Era este un rubio místico, tal vez judío, de bien provista chequera. Ya no iba a caminar, hambrear y mal dormir por llanuras desoladas y en mesones pueblerinos. Su místico se lo lleva, embolsillado y resguardado de codiciosa rapacidad, a unas zonas del mundo que no fueron alumbradas por el sol de España.

Sepa, señor Lazarillo de Tormes, que uno le desea muy venturosa y próspera travesía, bien que no en las naves en que viajaron a las Indias sus contemporáneos, sino en estas que hienden el aire, achican el planeta y abrevian el tiempo. Y mire, señor peregrino, de regresar a sus tierras de Castilla en donde será acogido con alborozo y le haremos corrillo para que en su cas-

tellano, de la más añeja solera, nos siga relatando las dichas o los infortunios de esta su improvisada emigración a las tierras de Norteamérica.

El siglo que cuesta un siglo

Escrito: RODOLFO SANCHEZ RILAS

El siglo que cuesta un siglo, desde el año 1800 hasta el presente, es un siglo de grandes cambios y de grandes dificultades. En este siglo se han dado lugar a grandes descubrimientos científicos y tecnológicos, pero también a grandes conflictos y guerras. El siglo ha sido un siglo de grandes avances, pero también un siglo de grandes sufrimientos. El siglo que cuesta un siglo, es un siglo que ha dejado una huella profunda en la historia de la humanidad.

El siglo que cuesta un siglo, es un siglo que ha sido testigo de grandes cambios y de grandes dificultades. En este siglo se han dado lugar a grandes descubrimientos científicos y tecnológicos, pero también a grandes conflictos y guerras. El siglo ha sido un siglo de grandes avances, pero también un siglo de grandes sufrimientos. El siglo que cuesta un siglo, es un siglo que ha dejado una huella profunda en la historia de la humanidad.

El siglo que cuesta un siglo, es un siglo que ha sido testigo de grandes cambios y de grandes dificultades. En este siglo se han dado lugar a grandes descubrimientos científicos y tecnológicos, pero también a grandes conflictos y guerras. El siglo ha sido un siglo de grandes avances, pero también un siglo de grandes sufrimientos. El siglo que cuesta un siglo, es un siglo que ha dejado una huella profunda en la historia de la humanidad.